

que de otra manera no hubiera tenido. El profesor Guillermaz ha realizado una labor de historiador y periodista, ocupaciones para las cuales su preparación y experiencia lo califican inmejorablemente. Su puesto actual de director del Centro de Documentación sobre China Contemporánea en la Sorbona y su anterior producción académica, junto con sus años de residencia en China en experiencias diplomáticas, le han dado la oportunidad de atestiguar e intervenir en muchos acontecimientos. Su perspectiva no puede carecer por lo tanto de agudeza y claridad, aspectos de los que hay pruebas abundantes en su libro.

Al terminar la lectura se llega al convencimiento de que se ha iniciado una nueva época en China, una nueva etapa que ha comenzado con el reconocimiento internacional de su importancia y la toma del lugar que le corresponde en la comunidad mundial. Gente nueva producto de la nueva sociedad creada en la República Popular China llevará a término la nueva época que principia. Concluida la primera etapa, la mayoría de los hombres que formaron el Partido Comunista Chino, que hicieron la Larga Marcha, crearon la República Popular y levantaron nuevamente a su país de la postración más completa, ha desaparecido. Quedan los hombres de la "vieja guardia", las figuras más interesantes: Mao y Chou. Los dos cumplen su tarea final, la de preparar la llegada de la nueva China, "el primero haciendo que la llama revolucionaria la alumbre eternamente, el segundo insertándola en las realidades que la rodean y en sus propias realidades" (p. 530). Por ello, con toda la incertidumbre con que se ha visto su resurgimiento, China ha llegado a ocupar el lugar que desde siempre le estaba reservado. Con satisfacción mundial esta "pieza maestra en el juego de la paz" está por fin en el tablero.

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA  
*El Colegio de México*

WILLIAM E., GRIFFITH, *Cold War and Coexistence. Russia, China and the United States*, New Jersey, Prentice Hall, Inc., 1971. 115 pp.

El presente trabajo forma parte de una serie de once libros llamada *America's Role in World Affairs*, cuyo propósito es proporcionar al lector interesado la producción de diversos autores sobre la política exterior norteamericana y sus relaciones con diferentes regiones del mundo. Los autores han sido en algunas oca-

siones funcionarios del Departamento de Estado o bien profesores o investigadores en las universidades de los Estados Unidos.

El marco general de referencias del trabajo de Griffith se basa en cuatro aspectos fundamentales de la política internacional contemporánea: 1) La recuperación industrial de Europa occidental y del Japón que no fue acompañada por un desarrollo similar en la esfera política; 2) el conflicto sino-soviético; 3) el constante incremento del poderío militar y tecnológico de los Estados Unidos; y, 4) los crecientes problemas internos de los Estados Unidos (raciales y estudiantiles) y de la Unión Soviética (descontento intelectual y conflicto de nacionalidad). Las tensiones derivadas de estos factores han tenido sus manifestaciones críticas en Berlín, la guerra de Corea y la crisis de los misiles cubanos.

En los dos primeros capítulos —que desproporcionadamente ocupan un tercio del libro— Griffith hace un recuento del desarrollo histórico de las relaciones, primero entre los Estados Unidos y Rusia y luego, entre Estados Unidos y China. Según el autor, durante el siglo pasado existieron ciertas características comunes a los dos primeros países, influidos además por el común recelo que experimentaban contra la dominación mundial ejercida por las potencias europeas, especialmente la inglesa, que hicieron que mantuvieran relaciones cordiales entre sí y en algunos aspectos, sus políticas exteriores fueran similares. Aquí cabría cuestionar la posible similitud de las políticas exteriores de estos dos países. De hecho, Rusia, a diferencia de Estados Unidos que vivía su *splendid isolation*, era participante activa de las cuestiones europeas y compañera de Europa en la empresa colonial en la que Estados Unidos participó sólo de un modo diferente. El autor señala que ambos países deseaban “vigilar, preservar y desarrollar lo que poseían”, lo cual es correcto; sin embargo, los Estados Unidos trataban de conseguirlo absteniéndose —salvo en el caso de América Latina—, de participar en los asuntos políticos internacionales, mientras que Rusia lo intentaba a través de una participación muy activa en las alianzas y compromisos internacionales de la época.

Durante el siglo XIX, China fue víctima de los intereses coloniales y comerciales de las potencias europeas, Rusia, Japón y Estados Unidos, situación que no desapareció sino hasta después de la primera guerra mundial.

Las relaciones ruso-norteamericanas, que de cualquier manera habían tenido altibajos, comenzaron a deteriorarse después del triunfo bolchevique en 1917 y de la intervención occidental en Arcangel y Vladivostock, que según Griffith no fue de inspiración anticomunista. A este respecto debe señalarse que en la página 24, el autor cae en una contradicción cuando expresa que las fuerzas

armadas norteamericanas enviadas a Vladivostock estaban "ostensiblemente dirigidas contra los bolcheviques".

Durante el período transcurrido entre las dos grandes conflagraciones mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética, a diferencia de lo que sucedía con las potencias europeas, fueron adquiriendo cada vez mayor poder económico y político. De ahí que la tensión entre ambos países creciera en virtud de un antagonismo político, ideológico y económico que inevitablemente los llevaría, tarde o temprano, a un enfrentamiento directo por la hegemonía mundial. En estas circunstancias, se fue configurando un nuevo poder en Alemania que con Hitler a la cabeza, ambicionaba conquistar el mundo. Esta situación que amenazaba tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética, originó un nuevo acercamiento entre ambas potencias, en forma semejante a lo que había ocurrido durante el siglo XIX, con la única diferencia de que ahora era Alemania y no Inglaterra la que los acercaba.

Griffith señala que ninguno de estos dos países deseaba la guerra y que ambos trataron de evitarla, especialmente la Unión Soviética que tenía el peligro a las puertas de su casa. Una vez desatado el conflicto ambas potencias lucharon junto a Inglaterra y Francia para derrotar al Eje. El resultado final de la conflagración fue el surgimiento de dos grandes nuevas potencias cuya superioridad sobre las antiguas aliadas europeas pronto se puso en evidencia debido principalmente a la debilidad económica de estas últimas. La Unión Soviética surgió de la guerra con su área de influencia expandida en Europa del Este y en Asia en donde muy pronto China continental, bajo el liderazgo de Mao Tse-tung, pasaría a formar parte del área de influencia socialista. Estados Unidos, por su parte, se situó al final de la guerra como la primera potencia mundial y única poseedora, por algunos años, de las primeras armas atómicas, lo que le proporcionó una superioridad indiscutible sobre las otras potencias occidentales y sobre la Unión Soviética.

Antes de 1950 se produjo el bloqueo de Berlín, pero fue durante ese año, con la guerra de Corea, que el largo proceso de deteriorización de las relaciones ruso-norteamericanas llegó a su punto de ruptura. A partir de ese momento cada una de las potencias iniciaron con mayor intensidad campañas propagandísticas contra la otra adoptando medidas específicas para frenar la expansión de la otra y afirmar la posesión y seguridad de sus respectivas áreas de influencia, lanzándose a una carrera armamentista que llevó a Moscú a desarrollar su capacidad nuclear y a Washington a incrementar y especializar su potencial militar. Según parece indicar el autor, durante la década de los cincuenta, aunque comenzó con muchas ventajas aparentes para la Unión Soviética y sus intereses "expansionistas", diferentes problemas, especialmente la

política seguida por Stalin en Europa del Este, hicieron que Moscú no pudiera aprovechar la situación de debilidad en que se encontraba Europa occidental, la cual con la ayuda económica norteamericana logró emprender su recuperación industrial. A fines del decenio, el Kremlin aún no había logrado desembarazarse de los problemas surgidos en su área de influencia como una consecuencia de la política stalinista, a pesar de que Jruschov decidió aflojar ("liberalizar") los controles rígidos que gobernaban las relaciones soviéticas con los demás países socialistas de Europa oriental y de Asia. En estas circunstancias, Estados Unidos tuvo oportunidad de dedicar enteramente sus esfuerzos a fortalecer el "mundo libre" mientras la Unión Soviética hacía otro tanto al ocuparse casi exclusivamente de su área de influencia.

En los últimos años de esa década las relaciones sino-soviéticas experimentaron un proceso de deteriorización que finalmente condujo en 1959 al conflicto que Occidente fue incapaz de percibir sino hasta finales de 1960. Entre las diversas causas que ocasionaron la disputa, Griffith enfatiza en gran medida la cuestión ideológica, particularmente la concepción que tenían los chinos de la nueva política de acercamiento con Estados Unidos seguida por Jruschov que —parece decir el autor— condujo a que Mao disputara a los soviéticos el liderazgo mundial del comunismo bajo la acusación de que Jhruschov había traicionado el marxismo-leninismo. Aunque el aspecto ideológico puede considerarse un componente esencial del conflicto sino-soviético, el autor parece cometer un error de omisión al prescindir de otros factores igualmente explicativos de los orígenes y causas de dicho conflicto. Es curioso notar, sin embargo, que un occidental, o mejor aún, un norteamericano, haga aparecer la disputa en el plano ideológico y no en el del "interés nacional" o de la "política de poder", que han sido los enfoques principales que se han utilizado en Occidente para estudiar la política exterior de los países socialistas o particularmente, de la Unión Soviética.

En 1962 se produjo una grave crisis internacional como consecuencia del establecimiento de misiles soviéticos en Cuba. Griffith señala que la decisión de Moscú de colocar armamento nuclear en suelo cubano no obedeció a razones puramente de estrategia militar sino que fundamentalmente se tomó por razones políticas. La Unión Soviética había quedado rezagada en la carrera armamentaria respecto a Estados Unidos, por lo que deseaba ganar puntos al situar armas nucleares a un paso de la Casa Blanca, al mismo tiempo que ampliaba su mesa de negociaciones en la cuestión berlinesa. El resultado último de esta acción fue que los soviéticos vieron aún más disminuido su ya dañado prestigio internacional.

El conflicto sino-soviético, que continuó empeorando a lo largo de la década de los sesentas y que propició el surgimiento de un nuevo polo independiente de poder, China Popular, y la crisis de los misiles, que demostró la superioridad norteamericana sobre la Unión Soviética, fueron para el autor los dos acontecimientos que definieron muy claramente el triángulo de poder que domina la escena internacional contemporánea.

En resumen, se puede considerar que el trabajo de Griffith es un estudio descriptivo más que un estudio analítico de las razones, significados e implicaciones de la situación mundial actual. Se puede atribuir este carácter descriptivo a que el tema es sumamente amplio y el esquema del autor demasiado ambicioso como para poder tratarlo en escasas cien páginas. El libro, además, carece absolutamente de notas a pie de página, citas, bibliografía o cualquier otro de los elementos que se encuentran en las obras de este tipo y que contribuyen a dar mayor seriedad académica a cualquier estudio.

RAMÓN MEDINA LUNA

*El Colegio de México*

MOSHE, LISSAK, *Social Mobility in Israel Society*, Israel Universities Press; Jerusalén, 1969. XII + 122 pp.

Israel nos ofrece un ejemplo único en la historia: el de un estado nacional que se formó en un territorio concedido a un núcleo de pobladores provenientes de diferentes países, donde luego se multiplicó el número de habitantes con la llegada de inmigrantes de las más diversas procedencias y condiciones, con diferentes expectativas y motivaciones. Siendo éstas las características de su población, no sólo es justificado sino también necesario el estudio que realiza Moshe Lissak de los diferentes aspectos del problema de absorción de los inmigrantes. Si se considera que antes de 1948 quienes llegaron al territorio de Israel eran en su mayoría de origen europeo, y que después la proporción se invirtió y más del 50% de los inmigrantes provinieron de países de Asia y África, se plantea la pregunta básica de la obra: ¿es la sociedad de Israel pluralista? Evidentemente, no lo es desde un punto de vista institucional, es decir, no coexisten en ella sistemas institucionales contrapuestos, como sistemas legales diferentes para ciertos grupos o, en el campo económico, una economía de mercado funcionando al mismo tiempo que una economía de subsistencia. Pero también en los aspectos social y cultural puede darse el pluralismo, y cuando Lissak los analiza diferencia no sólo entre los grupos de